

Pragmática y Análisis Gramatical

- I -

Aunque quizá sea ya un lugar común, de todos modos es útil tener presente que una de las características distintivas de la filosofía del siglo XX es el haber convertido al lenguaje en objeto de estudio. Eso que durante siglos se tomó como un mero accesorio, un instrumento útil para facilitar ciertas cosas, como el pensamiento y la comunicación, resultó a final de cuentas ser constitutivo de ellas y, al mismo tiempo, de una complicación insospechada. Dado que fueron los lógicos quienes primero se acercaron de manera sistemática al lenguaje, es comprensible que el estudio del lenguaje se encaminara en primer lugar por la vía de la sintaxis y que lo primero que se haya producido hayan sido teorías meramente formales del lenguaje. Como era de esperarse, el impacto y el éxito de los nuevos enfoques desembocaron en un exceso de formalización. Quizá no sea un error histórico señalar como paradigma de estos excesos la obra de Rudolf Carnap, en particular su libro *Logische Syntax der Sprache*. En el fondo, sin embargo, muy pronto quedó claro que si de lo que se trataba era de estudiar el lenguaje en toda su complejidad, los enfoques sintactistas y semanticistas inspirados en teorías de modelos tenían que resultar excesivamente pobres. Las teorías formales del lenguaje ciertamente nos ayudan a entender algunos mecanismos lingüísticos, pero es más que obvio que muchos fenómenos de lenguaje simplemente no son apresables en las mallas de teorías así. Se trazó entonces, en relación con los estudios sobre el lenguaje, una distinción, ahora clásica, entre sintáctica, semántica y pragmática. Es ésta una distinción a primera vista bien fundada e inobjetable. Se supone que con ellas quedan delimitadas todas las áreas importantes de investigación sobre el lenguaje. O sea, si algo es una aportación a los estudios sobre el lenguaje, ese algo tiene que pertenecer a una de las ramas mencionadas. Como se sabe, lo que con los enfoques sintácticos del lenguaje, esto es, estrictamente formales, se logra es darnos las reglas de formación de las expresiones bien construidas de un lenguaje dado, exhibir las relaciones lógicas que valen entre sus oraciones, como la relación de implicación, y las propiedades que poseen los sistemas, cálculos o lenguajes formalizados, como las de completud y consistencia. Por otra parte, la semántica viene a ser la teoría general de las relaciones que valen entre los signos y lo extra-lingüístico. A la semántica pertenecen, por consiguiente, nociones como las de significado y verdad. Una teoría semántica para un lenguaje nos tiene que dar las condiciones bajo las cuales podemos adscribirle valores de verdad a nuestras oraciones. Esto es algo que se puede hacer de manera sistemática. Pero entonces ¿de qué se ocupa esa tercera rama de estudios sobre el lenguaje denominada ‘pragmática’? Esto es algo sobre lo cual, como veremos, no hay unanimidad ni siquiera entre los especialistas. En todo caso, lo que para nosotros es relevante e importante es constatar el hecho de que se acuñaron ciertas distinciones y se trazaron ciertas clasificaciones, porque desde la

perspectiva usual del lenguaje muchos fenómenos lingüísticos inevitablemente quedaban sin explicación. Por el momento, entonces, nos contentaremos con decir que bajo el rubro general de “pragmática” podemos agrupar a todos aquellos estudios que no caen bajo los de “sintaxis” y “semántica”. El origen de la pragmática, por lo tanto, es (por decirlo de algún modo) meramente negativo, aunque su existencia haya quedado posteriormente plenamente justificada.

Sería un error grave, sin embargo, pensar que todo enfoque del lenguaje que no sea de carácter formal tiene entonces que ser automáticamente etiquetado como “pragmático” o “pragmaticista”. En este sentido, es muy importante tener presente tanto las motivaciones de los estudios en cuestión como los objetivos que uno se propone alcanzar en cada caso. Podría, por ejemplo, haber teorías o concepciones del lenguaje que se resistieran a ser clasificadas como meramente sintácticas o semánticas y que, no obstante, tampoco pudieran correctamente ser vistas como “pragmáticas”. Dicho de otro modo, es posible que la triple clasificación mencionada estuviera ella misma incorrectamente trazada o simplemente que resultara insuficiente. Ahora bien, por diversas razones, no todas de igual peso, muchos filósofos del lenguaje parecen pensar que (*inter alia*) en la obra del así llamado ‘segundo Wittgenstein’ hallamos los fundamentos de esta nueva ciencia o por lo menos de esta nueva disciplina aspirante a ser considerada como ciencia y que se conoce como ‘pragmática’. Hay quienes, como por ejemplo, Marcelo Dascal, han culminado años de trabajo identificando a la pragmática con la “teoría del uso del lenguaje”. Es innegable, por otra parte, que Wittgenstein parece admitir, y en verdad proponer, que no hay tal cosa como el significado literal de las expresiones, o por lo menos que hay otros significados aparte del literal. No obstante, conexiones como ésta entre la filosofía de Wittgenstein y la pragmática se hacen siempre con titubeos y es que, intuitivamente quizá, se “siente” que ciertos acercamientos y paralelismos entre el modo wittgensteiniano de practicar la filosofía y la clase de análisis que realizan quienes se interesan por la pragmática no puede llegar demasiado lejos. En este trabajo, justamente, me propongo hacer ver por qué no es acertado establecer más que una relación superficial entre el pensamiento de Wittgenstein y la pragmática o, en otras palabras, entre el análisis gramatical y el análisis pragmático. Mi estrategia será la siguiente: haré una presentación inicial de lo que puede razonablemente considerarse que es el “análisis gramatical”, usando ‘gramatical’ en el sentido técnico y preciso de Wittgenstein; acto seguido, intentaré rescatar (en forma crítica) los rasgos más conspicuos de la pragmática. Por último, contrastaré los respectivos supuestos e implicaciones de cada una de esas dos clases de análisis y concluiré con algunas reflexiones sobre la viabilidad y las perspectivas de la pragmática en tanto que disciplina independiente.

- II -

Se puede sostener, sin que ello tenga ni mucho menos connotaciones o reverberaciones peyorativas, que en última instancia la aportación de Wittgenstein a la filosofía se “reduce” a la conformación de un cierto vocabulario técnico y *ad hoc* para la aplicación de un método particular. Ahora bien ¿con qué objeto habría dedicado Wittgenstein tanto esfuerzo para construir unas cuantas nociones y elaborar un método? La respuesta es simple: para enfrentar los así llamados ‘problemas de la filosofía’, en general, independientemente de la rama de la filosofía de que se trate. La meta de Wittgenstein, anticipada y compartida por algunos otros pensadores diseminados a lo largo de la historia de la filosofía occidental, era la de encontrar alguna “solución” definitiva para dichos problemas. La peculiaridad de Wittgenstein en este sentido consiste, en parte, en su convicción de que dichos “problemas” están esencialmente ligados al lenguaje. Esto fuerza a la conclusión de que el intento de disolución de problemas filosóficos tiene inevitablemente que ejercerse sobre palabras. El problema para Wittgenstein revestía entonces la siguiente forma: ¿cómo concebir al lenguaje de manera que su examen haga ver que los problemas de la filosofía efectivamente son en el fondo meros pseudo-problemas?

No forma parte de los objetivos de este ensayo efectuar exégesis de textos. Me limitaré, por lo tanto, a señalar que la “concepción” wittgensteiniana del lenguaje es la expuesta en (más o menos) las primeras 100 secciones de las *Philosophische Untersuchungen*. Lo que sí podemos afirmar es que el lenguaje, como cualquier otro posible objeto de estudio, es caracterizable y estudiado desde múltiples perspectivas. La clasificación misma “sintaxis-semántica-pragmática” lo pone de manifiesto. ¿Cuál es, cabe preguntar, la perspectiva wittgensteiniana, el enfoque del lenguaje propuesto por Wittgenstein? La respuesta es simple: el de la aplicación, el uso de los signos. Por otra parte, se asume, naturalmente, que el uso es algo regulado. A las reglas de uso de las palabras las denomina Wittgenstein ‘reglas gramaticales’, esto es, de ‘gramática en profundidad’ (*Tiefengrammatik*). Dichas reglas, huelga decirlo, no son idénticas a las reglas de la gramática superficial ni reducibles a ellas. El sistema de reglas gramaticales, en el sentido de Wittgenstein, es una estructura que se erige sobre la estructura gramatical usual. Precisamente, una consecuencia del énfasis en el uso de las expresiones como la clave o el guía para la resolución de los problemas filosóficos es, como era de esperarse, un abierto menosprecio por las consideraciones meramente formales acerca del lenguaje, independientemente del grado de abstracción del formalismo involucrado, y todo lo que de ello se deriva (como intentaré hacer ver más abajo, la distinción tradicional misma “sintaxis-semántica-pragmática”). Dado el auge de las clasificaciones formales, la nueva perspectiva exigía nuevas categorías, esto es, categorías acordes a ella. Las que estaban en circulación eran, para la perspectiva del uso, simplemente inservibles. Fue por eso que Wittgenstein tuvo que construir nociones como las de

juego de lenguaje y forma de vida. Sin nociones así él sencillamente no habría podido dar expresión a sus novedosas intuiciones concernientes a la naturaleza de los problemas filosóficos. En todo caso, ahora sí tenemos por lo menos un diagnóstico claro de lo que es un problema filosófico: se trata de un enredo conceptual, es decir, tiene que ver con el uso de las palabras, que se funda en la violación silenciosa de las reglas gramaticales, esto es, constitutivas de los juegos de lenguaje, pero que no están a la vista, como sí lo están las reglas de formación de expresiones complejas a partir de expresiones simples. La filosofía de Wittgenstein, por consiguiente, consiste en la aplicación de un método, fundamentado en las *Investigaciones Filosóficas* y ejemplificado en obras como *Zettel*, *Sobre la Certeza*, *Observaciones sobre los Fundamentos de las Matemáticas* y *Observaciones sobre los Colores* (y también, desde luego, en su *magnum opus*), que tiene como objetivo mostrar de manera tangible o palpable que una construcción filosófica es posible sólo como un corto circuito de reglas de uso.

Quizá las nociones más importantes del aparato conceptual wittgensteiniano sean las ya mencionadas de juego de lenguaje y de forma de vida, pero en todo caso las más relevantes para nuestros objetivos lo son las de regla gramatical y análisis gramatical (complementadas por de la de representación perspicua). En la medida en que aspiramos a evitar hasta donde sea posible toda clase de ambigüedad o de oscuridad, no nos limitaremos a ofrecer definiciones sino que más bien intentaremos ilustrar, mediante el tratamiento de casos concretos, el *modus operandi* de las nociones en cuestión. Naturalmente, empezaremos por la noción de regla gramatical.

Consideremos rápidamente los pronombres personales ‘yo’ y ‘él’ (y sus derivados: ‘me’, ‘a mí’, ‘a él’, etc.), la palabra ‘dolor’ y verbos de sensación, como ‘doler’ o ‘tener un dolor’ y ‘sentir’. Aprendemos realmente los que significan las palabras involucradas, parcialmente al menos, cuando aprendemos a conjugar verbos. Así, se nos enseña, *e.g.*, a decir y a contraponer ‘yo siento’ y ‘él siente’, ‘me duele’ y ‘le duele’, etc. En este sentido, las conjugaciones de los verbos son como las tablas de sumar o multiplicar: reglas de formación o secuencia correcta de signos, esto es, de expresiones complejas potencialmente aplicables. En la medida en que estas reglas de sintaxis son tanto fundamentales como absolutamente indispensables, tienen que ser formulables de la manera más simple posible, puesto que las tiene que interiorizar un aprendiz de hablante. Dichas reglas son una condición necesaria para la auténtica significatividad. Empero, no son suficientes. Aprender a hablar es, entre otras cosas, aprender a operar también en concordancia con reglas que no son meramente sintácticas, reglas como ‘dos personas pueden tener el mismo dolor, pero una no puede sentir o tener el dolor de otro’. La primera parte de esta regla (o, si se prefiere, la primera regla enunciada) se requiere para dar cuenta de los casos en los que los dolores de las personas tienen, *e.g.*, una misma ubicación (en sus respectivos cuerpos, claro está) e inclusive las mismas causas. Por ejemplo, si al estar pelando papas dos cocineros se cortan el mismo dedo, salen

cantidades equivalentes de sangre, reaccionan del mismo modo, requieren los mismos medicamentos, se cortaron con el mismo cuchillo, etc., podemos ciertamente decir que “tienen el mismo dolor”. El problema consiste en que reglas como las mencionadas, que regulan el uso de ‘dolor’ y sus derivados, no están permanentemente ante nosotros, es decir, no hay un catálogo de ellas a la mano. Esto hace que se puedan hacer aseveraciones filosóficas, para cuya neutralización tenemos que rastrearlas. Es en dicho rastreo que consiste el análisis gramatical. Dicho rastreo no puede ser otra cosa que una descripción. En este sentido, el análisis gramatical no inventa o postula nada. Deja todo, como bien dice Wittgenstein ¹, tal como lo encuentra.

En relación con la expresión ‘tienen el mismo dolor’, vale la pena destacar dos puntos:

- a) el uso de ‘mismo’ no autoriza a nadie (más que por incomprensión) a decir que uno siente o tiene el dolor del , otro, en algún sentido extraño de posesión, a pesar de que la expresión ‘yo tengo tu dolor’ sea, desde el punto de vista de la sintaxis (y más en general, de la gramática superficial), perfectamente correcta o legítima. No obstante, no es usable, es decir, carece de significado.
- b) no se puede proscribir o excluir del lenguaje significativo una expresión como ‘ellos tienen el mismo dolor’ sólo porque no encaja con nuestra incomprensión del significado de ‘mismo’.

Así, pues, lo que hay que entender es que lo que determina si una expresión dada es o no significativa no pueden serlo los deseos, las intenciones, los proyectos, las creencias, etc., de los hablantes, sino algo en lo que todos ellos están inmersos, que todos comparten. Ese algo no es otra cosa que la gramática, en el sentido de Wittgenstein. Es ella la suprema corte en lo que a significaciones atañe y, en última instancia, el que una expresión sea ilegítima “semánticamente” significa simplemente que no hay contexto de aplicación para ella. Si la expresión tiene un uso (inter alia, porque está bien formada), entonces es significativa y su legitimidad semántica queda plasmada o recogida en una regla gramatical. Las reglas gramaticales no dependen de nadie en particular. En relación con el dolor, muchos de los problemas filosóficos surgen a partir del momento en que una expresión es interpretada de manera discordante con las reglas no escritas que regulan la aplicación del concepto. Por ejemplo, si se interpreta el significado de ‘dolor’ de manera que al dolor se le convierte en un “algo” (proceso o evento, mental o físico), de inmediato surge el problema (irresoluble) de si otras personas, cuando dicen que les duele algo, efectivamente tienen ese mismo algo que yo tengo cuando digo que

¹ L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Oxford: Basil Blackwell, 1974), sec. 124.

algo me duele. Este problema, empero, se plantea precisamente porque se ignoran o se mal interpretan las reglas gramaticales concernientes al dolor enunciadas más arriba. Lo que éstas indican es que el concepto de dolor no tiene como función denotar un objeto especial. Preguntémonos entonces: ¿qué es lo que dichas reglas permiten inferir?

Lo que las reglas mencionadas nos autorizan a decir es simplemente, y dicho de la manera más sucinta posible, que cuando se le usa en tercera persona sirve para recoger la conducta contextualizada y significativa de alguien, en tanto que cuando se le usa en primera persona sirve más bien como una especie de exclamación. De ahí que pueda afirmarse que las controversias filosóficas en torno al dolor (o, en general, en torno a las sensaciones) surgen debido a que se ignora el contenido de nuestras reglas conceptuales. El análisis gramatical es el rastreo y la enunciación de dichas reglas que, por otra parte, todo hablante normal (filósofos incluidos) de hecho respetan. El objetivo del análisis gramatical se alcanza cuando se llega a tener una “visión” o “representación perspicua” de las reglas gramaticales del concepto que nos ocupa, es decir, cuando podemos auto-formularnos las reglas de uso relevantes y que (por así decirlo) son aunque omnipotentes, invisibles. Cuando ya las tenemos frente a nosotros y entendemos cómo opera el concepto que nos preocupa, el problema filosófico automáticamente se desvanece. Naturalmente, lo que aquí brevemente expusimos en relación con el concepto de dolor vale, *mutatis mutandis*, para cualquier otro concepto (en especial los filosóficamente interesantes), como “Dios”, “ver”, “recuerdo”, “número”, ‘ \aleph ’, “pensar” y así indefinidamente.

Como veremos más abajo, los partidarios de la pragmática están necesitados de algunos recordatorios gramaticales. Sin embargo, antes de entrar en controversia, quizá resulte conveniente aunar lo que hasta aquí hemos dicho a resultados bien conocidos de la investigación wittgensteiniana, que aquí simplemente asumiré, y que tienen implicaciones relevantes para nuestra temática. Por lo pronto, podemos anotar las siguientes:

- a) no tiene el menor sentido hablar de “juegos de lenguaje” en forma aislada, desconectando dicho concepto de los otros con los cuales forma un grupo homogéneo (forma de vida, significado como, uso, semejanzas de familia, ver como, etc.), y menos aún si no se persiguen los mismos objetivos, esto es, la disolución de problemas filosóficos concretos.
- b) La “doctrina” del uso pretende ser una contribución al esclarecimiento del significado real de las expresiones, esto es, del único que hay.

c) El famoso “argumento del lenguaje privado” descarta la idea de significados privados, esto es, particulares a cada quien. La significación se vuelve una arena pública. No hay significación fuera de ella (en la mente, en el pensamiento, en un cielo platónico, etc.).

d) La importante noción de proposición queda reemplazada por la de movimiento en el juego de lenguaje. O sea, deja de ser una noción meramente sintáctica, con una determinada forma (la “forma general de la proposición”) y, también, una noción caracterizada en términos de condiciones de verdad. Sobre esto regresaremos más abajo.

Con esto en mente y siguiendo hasta donde sea posible el mismo esquema de presentación, debemos pasar ahora a dar los lineamientos generales de eso que se conoce como ‘pragmática’.

- III -

Un primera observación que sobre la pragmática habría que hacer es que, después de años de discusiones, no puede decirse todavía que haya un acuerdo generalizado respecto a su status. Su aventura por la vida se inició “negativamente”, pues empezó siendo caracterizada básicamente como una disciplina que se ocupa de todo aquello que cae fuera de los terrenos de la semántica (el “basurero de la semántica”). Poco a poco, sin embargo, se fue delineando mejor su campo de investigación. En los esfuerzos por caracterizarla rigurosamente, la pragmática ha sido definida de una diversidad de maneras: el estudio del significado no literal de las expresiones, de los actos de habla, de lo implícito al usar las palabras, de lo que el contexto aporta a lo expresado por un hablante, del significado del hablante y, más recientemente, del uso del lenguaje. Ahora bien, a pesar de su variedad, en todas estas propuestas de caracterización aparecen de manera sistemática ciertas nociones o categorías clave, así como ciertas tesis básicas. Es de ellas que debemos ocuparnos.

Partiendo de una noción intuitiva de significado, los filósofos interesados en la pragmática han trazado diversas clasificaciones, lo cual ha tenido como resultado una proliferación de significados. Así, se distingue usualmente entre el significado de la oración, el significado de la emisión de la oración y el significado del hablante. El primero corresponde a lo que aspira a denominarse ‘significado literal’. *Prima facie*, se trata de una realidad semántica incuestionable aunque, como veremos, puede argumentarse que el pragmatismo llevado al extremo termina por eliminar o cancelar esta categoría. Ahora bien, se supone que al emplear una oración un hablante puede querer decir lo que normalmente se supone que se quiere decir por medio de esa oración o bien puede querer decir algo diferente. En el primer caso, lo que tenemos es el significado de la emisión, en tanto que en el segundo el

significado del hablante. éste último es el que se ha vuelto crucial para la pragmática. En este punto se hace intervenir otra noción importante, a saber, la de intención comunicativa, y su correlato, a saber, la de interpretación. Desde la perspectiva de la pragmática, el proceso que tiene lugar en una conversación es, en principio, el siguiente: el hablante se propone transmitir un pensamiento, el cual no es forzosamente idéntico a una estructura objetiva, lógica, es decir, a un *Gedanke* fregeano, ni necesariamente reducible a él. De hecho, el hablante puede hacer un uso diferente del establecido por medio de las palabras mismas que sirven para expresarlo. Esta convicción se funda aparentemente en hechos crudos, constatables por todo mundo. Por ejemplo, es un hecho que la expresión ‘el perro está en el jardín’ tiene un significado estándar. Éste, intuitivamente diríamos, sirve como una descripción de un estado de cosas, a saber, el hecho de que hay uno y sólo un perro determinado en uno y sólo un jardín. Empero, si dos ladrones están preparando un asalto a una casa y uno dice ‘el perro está en el jardín’, parecería obvio que lo que el hablante está haciendo con esas palabras es otra cosa que una descripción: está previniendo a su colega acerca de un potencial peligro. Lo curioso es que el oyente es capaz de interpretar debidamente las intenciones comunicativas de su amigo. Es precisamente gracias a eso que la comunicación es posible. Empero, están aquí presupuestos otros factores, entre los cuales hay que incluir el contexto en el que tiene lugar la acción lingüística y los usos egocéntricos o individualizadores de una expresión. Por ejemplo, al hablar de “el perro”, el ladrón puede querer decir ‘este perro’. O sea, puede argumentarse que aunque ‘el perro’ no caiga en la categoría de los deícticos, podemos imaginar usos deícticos de dicha expresión. Se ve, pues, que no hay un stock fijo de significados, sino que lo que se quiere decir es una función de una diversidad de factores. Para expresarlo, sin embargo, tenemos que servirnos de los significados convencionales. Todo esto ha fijado la atención de los partidarios de la pragmática en el intercambio de ideas, en la conversación. ésta está en general regulada y, puesto que una conversación no es una actividad mecánica, sus principios no pueden ser meramente formales. Como se sabe, pionero en el estudio de la lógica conversacional y uno de los padres de la pragmática fue P. Grice. Sobre algunas implicaciones de sus ideas regresaremos más adelante.

- IV -

Quizá podamos ahora dar inicio a nuestra confrontación del análisis pragmático con el análisis wittgensteiniano. Desde luego, y sería ocioso negarlo, hay semejanzas entre ambos, similitudes que iremos destacando a medida que avancemos. Empero, son mucho más notorias e importantes sus diferencias y es en ellas que me concentraré.

La primera diferencia (bastante obvia, dicho sea de paso), entra la pragmática y la investigación filosófica a la Wittgenstein consiste en que la primera se interesa

por el lenguaje *per se*, es decir, por ciertos fenómenos lingüísticos como la conversación y la comunicación, en tanto que para Wittgenstein el examen del lenguaje es un expediente inevitable para la disolución de los enigmas de pensamiento, esto es, de los enredos conceptuales de los que se compone la filosofía. Desde luego que se puede, si se quiere, inventar una “lógica conversacional”, sólo que es difícil percibir cómo dicho intento podría ser relevante filosóficamente. Determinar qué principios rigen en las conversaciones es una investigación cuasi-empírica. La verdad es que, desde el punto de vista de Wittgenstein, la pragmática, lejos de ser una aliada, proporciona un excelente material para el análisis filosófico, puesto que de hecho crea nuevos enredos filosóficos, como por ejemplo la multiplicación de sentidos y sus relaciones, la reintroducción del mentalismo en las explicaciones sobre el lenguaje y el manejo distorsionado, esto es, filosófico, de nociones que todos empleamos, como las de intencionalidad e interpretación. Sobre esto, empero, regresaré posteriormente.

Uno de los filósofos que, a ojos vistas, ha tratado de conciliar el pensamiento de Wittgenstein con las exigencias de la pragmática es Marcelo Dascal. Esto se refleja en su propuesta misma, de acuerdo con la cual la pragmática se ocupa de los usos del lenguaje. En este caso se enfatiza la aplicación particular que hace el usuario del sistema sintáctico-semántico elaborado por la comunidad y puesto a su servicio. El acercamiento con Wittgenstein es, a primera vista, incuestionable, por lo que aquí tendríamos un claro contra-ejemplo a la tesis defendida en este ensayo. Pero veamos las cosas más detalladamente y preguntémosnos: ¿qué noción de uso hace suya Dascal? Hasta donde logro ver, de lo que él habla es del uso de significados. La impresión general de lo que se sostiene es entonces la siguiente: las palabras tienen significados, los cuales conforman un reino distinto del de los signos y a los cuales podemos manipular. La idea es la de que un hablante puede hacer un uso diferente del que se hace con el significado estándar de una palabra. La noción de uso, por lo tanto, se aplica en ese segundo nivel. Es claro, sin embargo, que esta noción de uso no coincide con la noción wittgensteiniana de uso. Para Wittgenstein lo que se usa son los signos, no sus significados. Esto último ni siquiera parece tener sentido, pues equivale a hablar del uso del uso. En otras palabras: lo que Wittgenstein sostiene es que el significado real emerge con la aplicación de los signos. Pero él no reconocería un segundo nivel constituido por los significados mismos, a los cuales (como quiere Dascal) los podemos a su vez usar como más nos plazca en función de los fines que persigamos. Hay aquí, por lo tanto, una equivocación. Como puede apreciarse, entonces, el acercamiento entre la pragmática y Wittgenstein es más aparente que real, inclusive en el caso de filósofos que aspiran a establecerlo, como es el caso de Dascal.

Otra diferencia muy importante entre la filosofía del lenguaje de Wittgenstein y la pragmática es que ésta última es un derivado (probablemente independentista) de los enfoques formales del lenguaje. ¿A qué me refiero? Al hecho de que en

general los pragmatistas no cuestionan, para efectuar sus análisis, los resultados de la sintaxis y la semántica tradicionales. Todos asumen que hay tal cosa como la estructura formal (lógica y gramatical) de las expresiones, sujeto y predicado, argumento y función, etc. En este sentido siguen siendo fregeanos y quineanos: la unidad significativa mínima estándar es la oración y la oración es el signo asociado esencialmente con la verdad y la falsedad (voy a dejar de lado la cuestión de si son las oraciones, y no los enunciados, las emisiones o los pensamientos los auténticos portadores de verdad). Hay, pues, un sentido en el que la tesis de que la pragmática es el basurero de la semántica parece efectivamente incuestionable. Nada de esto podría decirse de la investigación sobre el lenguaje desarrollada por Wittgenstein. Éste reemplaza la idea de proposición como algo cuya estructura nos la da la gramática superficial o, eventualmente, la lógica, por la de movimiento en el juego de lenguaje. Nosotros contrastamos, por ejemplo, nombres o adjetivos y verbos con proposiciones. Este modo de clasificar a los signos puede ser sumamente útil para ciertos efectos, para cierta clase de explicaciones. Pero desde la perspectiva de las aplicaciones de los signos, es decir, de su uso, es más bien equívoca. Supongamos que el vocabulario del usuario comprende únicamente ‘perro’, ‘mamá’, ‘leche’ y ‘pelota’ y que dice ‘leche’. Es obvio que nosotros traduciríamos lo que el aspirante a hablante normal está diciendo como ‘quiero leche’ o ‘denme leche’. No es que su lenguaje sea incompleto, sino que más bien es acorde a sus requerimientos y posibilidades de expresión. No es que él “con el pensamiento” añada todo lo que falta para convertir a su expresión en una oración bien formada. Es evidente que si nosotros tomamos como paradigma de corrección las oraciones de nuestro lenguaje, la mera utilización de ‘leche’ nos parecerá, en el mejor de los casos, una oración elíptica. Pero un juicio así se funda en una idea equivocada, denunciada ya desde las primeras secciones de las *Philosophische Untersuchungen*. Lo que tenemos que entender es que hay sistemas de comunicación más rudimentarios o primitivos unos que otros y que es al interior de dichos sistemas que debemos distinguir entre elementos de los juegos de lenguaje y movimientos en ellos. En nuestro ejemplo, un elemento es al mismo tiempo un movimiento en el juego de lenguaje. Pero entonces es claro que la formalización de nuestro lenguaje y la idea de que éste tiene una estructura lógica, no son particularmente útiles para Wittgenstein. En terminología del *Tractatus*, las formas lógicas no son adivinables. Se sigue de todo ello que, efectivamente, hay también en este caso una diferencia fundamental entre la pragmática y la filosofía wittgensteiniana.

Llegamos ahora al punto álgido de las discrepancias que oponen a la pragmática y al pensamiento wittgensteiniano. Aquí me limitaré a considerar dos nociones fundamentales, a saber, la de intencionalidad y la de significado del hablante. Empezaré con la primera de las mencionadas.

Es más que evidente, pienso, que tanto en los escritos de los padres de la pragmática como en sus seguidores se recurre a la noción brentiana de

intencionalidad. El núcleo de dicha concepción es relativamente simple. Se trata de distinguir fenómenos puramente físicos de otros que son, en algún sentido, especiales. Ejemplos de “fenómenos” así son, por ejemplo, el “referirnos a”, el “pensar en”, el “tener en mente”, etc., algo o alguien. En estos casos, la mente de alguna manera atrapa a los objetos de referencia, pensamiento, deseo, creencia y demás y los capta de cierto modo. O sea, les imprime una cierta direccionalidad, los contempla de tal o cual manera. Es claro, pienso, que con la noción brentaniana de intencionalidad, por consiguiente, nos hundimos en el las más profundas aguas del océano del mentalismo.

La influencia de la noción brentaniana de intencionalidad es innegable. Libros importantes, como *Intentionality* de J. Searle, y teorías de la conversación, como la de P. Grice, por ejemplo, se fundan en ella. No obstante, debería reconocerse que dicha noción ejemplifica a la perfección enraizados prejuicios filosóficos y lingüísticos. Exhibe, asimismo, errores metodológicos crasos. En efecto, se trata de una noción por medio de la cual se pretende explicar multitud de fenómenos (habla, memoria, imaginación, creencia, volición, etc.) y, sin embargo, ella misma es esencialmente misteriosa. Pero ¿qué clase de explicación se nos está proporcionando cuando se nos explica algo por medio de algo que no queda nunca explicado? Estamos frente a una ilusión de explicación o, mejor dicho, frente a una “ilusión gramatical”.

En marcada contraposición al brentanismo, Wittgenstein ofrece un cierto número de aclaraciones gramaticales que, aunque reducidas en número, bastan para tener una idea cabal de la intencionalidad, es decir, del puesto de la intencionalidad en nuestras vidas. Lo que aquí tenemos que hacer es no inventar significados, sino rastrear usos de palabras. La noción de intencionalidad se aclarará para nosotros cuando tengamos una representación perspicua de su gramática y eso lo obtenemos cuando aprehendemos sus reglas de uso o aplicación. Preguntémonos entonces: ¿cuándo, con qué objeto, para qué, bajo qué circunstancias empleamos la palabra ‘intención’? Veamos rápidamente un par de ejemplos.

a) Un conductor atropella a una persona, la cual fallece. Al llegar la policía explica: “tenía urgencia de llegar al hospital en donde están operando a mi tía. Nunca tuve la intención de hacerle ningún daño a esta persona”. ¿Qué es lo que el sujeto está lingüísticamente haciendo? Obviamente no quiere que lo acusen de, digamos, asesinato sino, en el peor de los casos, de homicidio imprudencial o involuntario. él recurre entonces a la noción de intención para reconstruir la situación con miras a alcanzar el objetivo que se fijó (*e.g.*, reducir la pena). Para eso (le) sirve la noción de intención. No recurre a ella para hablar del futuro (o de lo que era el futuro en el pasado), sino para hablar del pasado. Nadie dice (salvo quizá en situaciones muy especiales, “mis

intenciones futuras serán ...”. Más bien decimos cosas como “no era mi intención ... “.

b) Una persona interrumpe constantemente a un expositor con preguntas y comentarios. Al terminar la sesión, alguien le dice: ¿con qué intención lo hiciste? ¿por molestarlo acaso? Si parafraseamos las preguntas, lo que obtenemos es algo así como: si reconstruyo la situación desde la perspectiva del deseo de molestar, entonces tu acción me resulta inteligible. La noción de intencionalidad, por lo tanto, sirve para evitar caer en explicaciones causales, que serían declaradamente insatisfactorias, de acciones humanas, esto es, significativas. Esa es una de las genuinas funciones de la noción de intencionalidad.

Como podemos fácilmente apreciar por los ejemplos (que podrían extenderse tanto como quisiéramos), el método wittgensteiniano de tratamiento de enredos filosóficos hace ver que con lo único que no tiene que ver la intencionalidad es con un “fenómeno interno”, independientemente de que éste esté instanciado o no en el sistema nervioso, la corteza cerebral, los módulos de la mente o en lo que sea! Se trata simplemente de un peculiar y muy útil mecanismo lingüístico. No hay nada misterioso involucrado, así como tampoco hay nada que explicar. Desde esta perspectiva, pocas cosas son tan absurdas como pretender, para la aclaración de un concepto, construir modelos explicativos para la “intencionalidad”.

Estamos, por lo tanto, frente a una nueva disyuntiva: optamos por la inservible concepción brentiana de intencionalidad o aceptamos las aclaraciones gramaticales de Wittgenstein y el cuadro que de ellas se despeja. No tenemos que pronunciarnos abiertamente en favor de una u otro. Para nuestros propósitos, nos basta simplemente con dejar en claro que la concepción de la intencionalidad usualmente aceptada en los estudios de pragmática es incompatible con la wittgensteiniana. En esas condiciones, difícilmente se podría ver en Wittgenstein a uno de los fundadores de la pragmática. Esto, empero, se verá reforzado después de que examinemos la problemática noción de “significado del hablante”.

La noción de significado del hablante es importante porque los defensores de la pragmática (Grice, por ejemplo) suelen considerarla como la noción fundamental de la disciplina. A primera vista, se trata de una noción apromblemática. Las dificultades empiezan a surgir, sin embargo, cuando pretendemos aplicarla para dar cuenta de fenómenos concretos de comunicación. Veamos esto más en detalle.

Supongamos que una persona, A, le dice a otra, B: *la cena está servida*. La oración en cuestión tiene, supuestamente, un significado literal, el cual debe ser tomado en cuenta para explicar lo que el hablante quiso decir en esa ocasión

particular. Ahora bien ¿qué pudo haber querido decir el hablante, bajo el supuesto de que lo que quiso decir no coincide con el significado literal de la expresión? Se me ocurren por lo menos las siguientes posibilidades:

- a) *ven a sentarte antes de que se enfríe la comida*
- b) *ven a cenar porque no volveré a calentar la comida*
- c) *ven a cenar porque tengo hambre y ya quiero empezar a comer*

Aquí hay que señalar dos puntos importantes. Primero, es evidente que la lista no es exhaustiva, ni pretende serlo. Peor aún: ni siquiera es elaborable. En segundo lugar, todas las posibilidades de significación alternativa son, dado el contexto, igualmente buenas opciones, es decir, el hablante podría efectivamente escoger cualquiera de ellas en ese momento. De ahí que las preguntas a las que habrá que responder serán por lo menos las dos siguientes:

- a) ¿cuál de esas posibilidades de significación es la que el hablante elige y sobre qué bases o cómo realiza él su elección?, y
- b) ¿cómo podría el oyente saber cuál fue la elección del hablante?

En nuestro ejemplo propusimos simplemente tres significados alternativos, por obvios, pero podemos imaginar casos en los que la lista podría componerse de, digamos, cincuenta. Es claro que la explicación pragmatista tendrá que valer por igual para casos complejos como esos. Examinemos ahora críticamente lo que serían las respuestas “estándar” del partidario de la pragmática.

En relación con la primera pregunta, su respuesta es inevitablemente circular: si apelamos a las misteriosas “intenciones comunicativas del hablante” habrá también que explicar cómo identifica él sus propias intenciones. Lo que (siguiendo a Wittgenstein) yo sostengo es que dichas “intenciones” sólo pueden cobrar realidad si se “lingüístizan”, no en el sentido de que, de alguna misteriosa manera, el hablante se diga a sí mismo algo como: lo que en esta ocasión quiero decir es esto y que entonces formule, oral o mentalmente, el pensamiento que realmente desea transmitir. La idea es más bien la de que el significado de la expresión para el hablante es una función de la situación global en la que está inmerso y emergerá con la conducta que concomitante o posteriormente despliegue. Es su acción, lingüística y extra-lingüística, lo que determina el significado, no meras conexiones lógicas o semánticas entre signos. En este sentido, simplemente no hay ningún significado que atrapar. El genuino significado se hará explícito en el conjunto de respuestas que el hablante dé en lo que podríamos llamar su ‘unidad situacional’ y que, obviamente, incluye vivencias de antes y después de la proferencia de la expresión. No es que,

como si fuera un cable, la afirmación del hablante estuviera conectada a priori con una red de proposiciones y que él escogiera, sin ni siquiera saber cómo, algún otro cable (proposición) para hacer la conexión y, por ende, hacer explícito su pensamiento. Más bien, es la descripción de sus ulteriores acciones lo que nos permitirá elegir, entre un sinnúmero de opciones, a una como el candidato que nos da, mejor que cualquier otra, el significado de su aseveración en esa ocasión particular. Y esto es algo que el hablante indica. Claro está, en la medida en que el oyente es parte de la situación él comprenderá lo que se quiso decir. No hay, pues, inferencia mental involucrada. Sobre esto regreso más abajo. Por el momento basta con señalar que, si mi reconstrucción es aceptable, puede verse que la noción de intención comunicativa, que es sobre la que se suponía que recaía el peso de la explicación de la significación, no es en absoluto explicativa y que, además, presupone el manejo del lenguaje. Es, pues, una falacia pretender explicar el significado de las expresiones por medio de las intenciones del hablante cuando éstas pueden explicarse sólo mediante la descripción del empleo de las palabras. Se podría sugerir que dicho empleo presupone a su vez intenciones, pero entonces es claro que en lo que caemos es en un regreso al infinito. La posición de los estudiosos de la pragmática en relación con la primera pregunta, por lo tanto, no parece ser ni satisfactoria ni convincente.

La situación con la segunda pregunta es todavía peor, pero es interesante porque permite que se diagnostique en forma relativamente clara la dificultad involucrada. En este caso es la pragmática misma la que está generando un problema filosófico y, por lo tanto, enteramente gratuito. Esto puede hacerse ver como sigue:

el análisis gramatical del verbo ‘conocer’ o aplicado a él revela que éste tiene dos modos irreducibles de aplicación: uno en primera persona, que es semejante a una expresión de convencimiento, de falta de duda o titubeo, y uno en tercera persona, que es un modo de describir la conducta acertada (institucionalizada y, por ello, contextualizada y significativa) de alguien. ‘Yo sé nadar’ indica que si me preguntan si sé nadar respondo sin titubear afirmativamente, que estoy totalmente dispuesto a meterme en una alberca cuando se me antoje, etc.; ‘él sabe nadar’, en cambio, es un modo de sintetizar un sinnúmero de descripciones de su capacidad o habilidad natatoria, es decir, de conducta exitosa en el agua. Es así como se usa el verbo ‘saber’. Pero entonces debería ser evidente que no tiene el menor sentido intentar expresar en tercera persona lo que se expresa en la primera. Si ello fuera factible, deberíamos tener expresiones como ‘él sé’ o ‘yo sabe’, las cuales son notorios sinsentidos. En síntesis: en tercera persona, el concepto de saber es eminentemente conductual, en tanto que en primera persona es sobre todo expresivo. Pero entonces es claro que si se busca aplicar el concepto de saber o el de conocimiento en tercera persona como si fuera en primera, se estará buscando algo no sólo imposible de alcanzar, sino abiertamente absurdo. Desafortunadamente, ese es justamente el caso del uso de ‘saber’ que se hace en la pragmática. En el modo

normal de usar las palabras, esto es, no filosófico, es claro que el oyente sabe, comprende, lo que le dice el hablante, puesto que dispone de criterios para ello. Si, en cambio, lo que se pretende es efectuar la contorsión mental de hablar en tercera persona como si se estuviera hablando en primera, es obvio que nunca se logrará determinar si el oyente “realmente entiende” lo que se le dice. La verdad es que ni siquiera asumiendo la realidad de procesos mágicos o telepáticos habría manera de que el oyente “supiera”, en el sentido de la primera persona, lo que son las genuinas intenciones del hablante cuando lo que hay es una multiplicidad de opciones frente a él. Si el proyecto es el de expresar en tercera persona la seguridad que yo tengo cuando digo que sé algo, podemos afirmar *a priori* que el proyecto está destinado al fracaso. Sencillamente no hay tal uso del verbo ‘saber’. El rasgo “expresión” del verbo ‘saber’ no puede traspasarse al rasgo “descripción” y fundirse con él. Dado que esto no se entiende, es comprensible, por lo tanto, que desde el punto de vista de la pragmática, lo más que pueda suceder es que el oyente adivine lo que el hablante quiso decir. Esto último es claramente insatisfactorio. La razón ya la dimos: a toda costa se pretende usar el verbo ‘saber’ en relación con el oyente como si él fuera el hablante! Es la no detección de la asimetría mencionada, que el análisis gramatical en cambio sí exhibe, lo que hace que efectivamente se plantee algo que tiene todas las apariencias de un genuino problema, al que naturalmente habrá que intentar resolver, para lo cual se tendrán que articular explicaciones, inventar modelos, generar hipótesis, etc. Se nos dirá entonces que lo que sucede es que el oyente “construye” conjeturas respecto al significado de lo expresado por el hablante. Empero, aparte de fundarse en un error gramatical, esta propuesta, tiene por lo menos dos inconvenientes palpables: primero, convierte a la conversación en algo perfectamente inexplicable y, segundo, de hecho es falsa. En efecto, es empíricamente falso que cuando conversamos estemos construyendo hipótesis, de la clase que sean, a menos de que manejemos una noción espuria de hipótesis. Determinar esto, claro está, requeriría de nosotros un análisis gramatical de ‘hipótesis’, labor que no podemos desarrollar aquí y ahora. No obstante, aparte de muchas cosas que se pueden decir sobre la naturaleza y las implicaciones de las hipótesis, es un hecho que la conversación no tiene el carácter meramente probable que en este enfoque se le adscribe. En realidad, la comunicación es un proceso espontáneo, continuo, no mediado por inferencias, automático. Conclusión: nuestra segunda pregunta apunta, al igual que la primera, a un pseudo-problema.

Antes de proseguir, me parece que sería pertinente intercalar aquí algunas consideraciones concernientes a la noción de hablar y de lo que es usar el lenguaje. Lo que tenemos que contrastar es, una vez más, la concepción wittgensteiniana de hablar con la implícita en los trabajos de pragmática. En relación con ello, quizá lo primero que habría que señalar es que Wittgenstein es ante todo un pensador

“reaccionista”². Tal vez un parangón sea útil: así como los empiristas consideran que el estrato último o fundamental de experiencia lo constituyen los datos sensoriales, entendidos como algo que el sujeto pasivamente recibe vía sus órganos, en función del medio ambiente, etc., así Wittgenstein encuentra que el nivel fundamental sobre la base del cual se construyen el lenguaje y la experiencia es el nivel de las reacciones espontáneas, esto es, ciertos hechos crudos del mundo para los cuales no hay explicación causal alguna, por la sencilla razón de que la pregunta ‘¿por qué es ello así?’ sería en este caso simplemente absurda. Por ejemplo, es un hecho que cuando usamos la mano con el índice extendido en una cierta dirección la gente mira en esa dirección y no en dirección del codo. Por qué es ello así, no tenemos ni la menor idea. Empero, ese hecho banal de historia natural humana es lo que permite, por su regularidad y concomitancia entre los seres de nuestra especie, generar la comunicación, juegos de lenguaje de señalamientos, selecciones, inculpaciones, indicaciones y demás. O sea, los humanos en general reaccionan del mismo modo frente a los mismos estímulos. Su concordancia espontánea permite la construcción de una regla, la cual adquiere un carácter normativo entre los seres que reaccionan del mismo modo y que, por consiguiente, pueden participar de los sistemas de comunicación que se desarrollen. La regla, vale la pena repetirlo, no es una mera descripción de la conducta desplegada, sino que es con ella que se incorporan significatividad, intencionalidad, referencialidad, etc., todo ello dentro del marco social creado por la interacción de los hablantes. En este sentido, quizá el contraste más grande que se pueda señalar sea el contraste entre esta concepción y la expuesta en el *Tractatus*, en donde Wittgenstein afirma que “El lenguaje cotidiano es una parte del organismo humano y no es menos complicado que él”³. Así, el primer Wittgenstein podía creer que generar reglas para el uso de signos era, en última instancia, un proceso natural, que el individuo por cuenta propia podía iniciar, a la manera como, retomando un ejemplo de Chomsky, el hígado secreta bilis. Esto queda por completo descartado del pensamiento del Wittgenstein de la madurez. La implicación importante para nosotros, empero, es que se puede contrastar un nivel espontáneo de acción con uno mediado por procesos lógicos y mentales de diversa índole. Por ejemplo: uno puede bajar o subir escaleras de manera espontánea sin que uno tenga que estar diciéndose a sí mismo: ‘en este momento estoy poniendo el pie en el escalón número 27’, ‘voy ahora a mover el muslo izquierdo para subir al escalón siguiente’, y así sucesivamente. Eso, desde luego, es algo que también puede hacerse, sólo que para ello se deben tener razones especiales. Como veremos, este razonamiento se aplica al caso del hablar.

Para las *Investigaciones Filosóficas* hablar es básica o primordialmente actuar. Aprender a hablar es iniciarse en diversos juegos de lenguaje y esto último

² Aunque sin duda será superfluo, para quedar con la conciencia tranquila solicitaré explícitamente que no se me haga decir que Wittgenstein era un pensador “reaccionario”. Nada podría estar más alejado de mi lectura de su obra.

³ L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (London: Routledge and Kegan Paul, 1978), 4.002 (b).

es, simultáneamente, aprender a tomar parte en las respectivas formas de vida. La idea es que aprender a hablar es aprender a actuar “normalmente”, es decir, espontáneamente en un nuevo dominio: el de los sistemas regulados de signos. En este sentido, aprender a hablar es como aprender a caminar, a masticar, a voltrear la cabeza, etc. Es, pues, algo que podemos hacer de manera normal, directa, espontánea o, por razones especiales, con parsimonia, solemnemente, pomposamente o, más en general, de un modo cualificado por algún adverbio. El hablante normal se conduce en relación con las palabras como se conduce el señor normal que en la mañana pone a hervir el agua para un huevo, se pone los calcetines o se rasca la espalda. Dicho de otro modo, el hablante normal teoriza en torno a la comunicación tanto como el respetable señor normal teoriza en relación con las acciones mencionadas, o sea nada. Si actuar de manera natural es precisamente estar en el nivel previo al de la teorización y hablar es una forma de actuar (es actuar *via* signos) ¿no resulta entonces sencillamente inapropiado buscar una explicación del hablar? Si reconocemos que hay efectivamente un nivel de reacciones espontáneas ¿no es entonces lo más desencaminado teorizar al respecto, buscar una teoría para lo espontáneo? Así, pues, abandonar la teoría de la espontaneidad en relación con el habla implica abandonarla en relación con la acción, puesto que hablar no es sino una variante o modalidad de la acción humana. El requerimiento de modelos explicativos para la comunicación normal, cotidiana, es pues tan indispensable o tan superfluo como lo es para la acción humana.

Debemos ahora sacar a la luz un importante supuesto de la explicación pragmaticista del lenguaje que dista mucho de estar plenamente justificado. Parecería que la expresión ‘significado del hablante’ alude a algo que simultáneamente es de naturaleza semántica y privada. Permítaseme expresar esto de manera un tanto burda: es como si la mente del sujeto fuera una especie de licuadora en la que lo que el hablante mete son significados por todos conocidos y, gracias a un proceso interno, se obtiene algo completamente nuevo y, no obstante, aprehensible por los demás. Esto tiene todas las apariencias de una genuina pseudo-explicación. La razón es que no es comprensible cómo de un estado enteramente subjetivo, como lo es el de tener intenciones, podría brotar algo objetivo y público, como lo son los significados. Más bien, lo que sucede es algo como lo siguiente: de los diversos usos previamente establecidos de las palabras y reconocidos por los miembros de la comunidad lingüística, el hablante opta por uno de ellos. Pero él no los inventa ni los crea. Por lo tanto, la expresión ‘significado del hablante’ es en el fondo un “*misnomer*”. Estrictamente hablando, no hay tal cosa. Lo que habría que decir es que el hablante elige uno de los usos previamente aceptados de las palabras para el caso particular en que profiere tal o cual expresión. Tal vez un ejemplo sea aquí de alguna utilidad. Consideremos un martillo. En general, al martillo se le usa para clavar, pero también se le puede emplear para desclavar, para golpear, como símbolo, etc. Ahora bien, todos esos empleos potenciales no estándares del martillo son asequibles y comprensibles para quienes saben lo que son los martillos. No

tendría sentido usar el martillo como un símbolo si otras personas no entendieran que representa, *e.g.*, el trabajo obrero. Para que funcione como símbolo, éste tiene que estar reconocido por quienes saben lo que son los martillos. Y deseo sostener que lo mismo pasa, *mutatis mutandis*, con los significados de las palabras: así como no puede haber un símbolo de un usuario particular de un martillo que los demás sólo gracias a alguna misteriosa capacidad cognitiva aprenden a reconocer, tampoco puede haber significados del hablante que los demás aprenden a “captar” al “reconocer” sus “intenciones comunicativas”. Pero si esto es cierto, entonces puede verse que lo que es realmente decisivo para explicar la comunicación son no los estados internos del hablante, caracteríceseles como se les caracterice, sino (una vez más) los usos públicos y socialmente aceptados de los signos.

- V -

Un tema que pienso que sería importante desarrollar para redondear este intento por equiparar análisis gramatical con análisis pragmático es el de la potencial complementariedad entre ellos en terrenos, por así decirlo, neutros. No puedo, por razones de espacio-tiempo, abordar el tema con toda la minuciosidad que amerita, por lo que me limitaré a indicar por qué no pienso que esta línea de argumentación pueda llevarnos muy lejos. Podría, por ejemplo, sugerirse que lo que Wittgenstein pretende es esclarecer el significado ya establecido de las expresiones, en tanto que la pragmática se ocuparía más bien del significado por establecerse, es decir, el significado no estándar de las mismas. La cuestión, sin embargo, no es tan simple. Lo que está en juego es, naturalmente, la expansión del lenguaje, explicar, *e.g.*, cómo, si usamos ‘piedra’ para hablar de las piedras o referirnos a ellas y ‘cabeza’ para hacer lo mismo en relación con las cabezas de las personas, podemos posteriormente decir de alguien que, *e.g.*, tiene una “cabeza de piedra”, es decir, que es un tonto, que no entiende o capta sutilezas, que no se percata de situaciones embarazosas obvias, etc. La posición wittgensteiniana gira en torno a la noción de *praxis*, esto es, de formas de vida: nuevos significados pueden surgir porque nuevas líneas de acción quedan abiertas por nuevas utilizaciones de signos. La influencia se ejerce en ambas direcciones. Para seguir con nuestro ejemplo, uno puede usar la expresión ‘cabeza de piedra’ para burlarse de alguien de una forma que no existía previamente. Pero, si no me equivoco, no es este el modo como el pragmatista explicaría el fenómeno. Para él, la explicación de la expansión del lenguaje tiene inevitablemente que proceder de las famosas “intenciones del hablante”. Es gracias a éstas que él determina o decide si recurre al significado estándar de los signos o no. Para Wittgenstein, en cambio, es una nueva práctica social (en este caso, una nueva clase de burla) lo que avala o respalda a la nueva significación de las palabras. Pero si esto es cierto, tendremos entonces que reconocer que nuestro pesimismo inicial respecto a la posible colaboración entre la pragmática y el wittgensteinianismo se confirma.

Son muchas las nociones profundamente problemáticas propias de la pragmática y que no podemos aquí considerar críticamente en detalle. Piénsese tan sólo en la idea de causalidad intencional o en lo que podríamos quizá llamar la ‘paradoja de Dascal’, a saber, la idea de que la pragmática puede violar las reglas de significación sin sacrificar la inteligibilidad de lo expresado. Empero, no era nuestro propósito en este trabajo contribuir, positivamente, al desarrollo de una nueva ciencia. El objetivo central era el mucho más modesto de contribuir a deslindar terrenos y de mostrar que es un error pensar que son más fuertes las convergencias que las divergencias entre la pragmática y el pensamiento de Ludwig Wittgenstein.